



Homenaje a Arturo Marasso

Roberto Etchepareborda



Bahía Blanca, 25 de junio de 1970.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-Sin Derivadas.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Información adicional en: <http://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/9>

HOMENAJE A ARTURO MARASSO

Roberto Etchepareborda

Traigo, a este justiciero homenaje al maestro eximio, ante cuya figura imborrable nos inclinamos reverentes, la representación del claustro del Departamento, de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur.

Día infausto el de su desaparición, digno de ser señalado en el calendario cultural de la Patria, con el mismo signo aciago que los ciudadanos de la antigua Roma estampaban sobre las fechas de las grandes calamidades o los consagrados a las divinidades adversas, encargadas de transformar en desgracias los augurios felices de las deidades propicias.

Pero sí el dolor de sus admiradores y discípulos no basta para colmar el vacío de su pérdida, el recuerdo constante de su obra erudita, la estimación fervorosa del altísimo significado de la misión moral y cultural que desempeñó y la presencia viva de su ejemplo, serán, al menos, como la prolongación hacia el distante porvenir de las lecciones que dejara a su paso para provecho y beneficio de futuras generaciones.

Existe, indudablemente en el orden humano, una predestinación semejante a la otra de origen divino bajo cuyo influjo el hombre, bañado por la gracia celestial, vence y supera los terrenales instintos, ahoga y extingue las pasiones mundanas, afirma, con absoluto imperio el dominio del espíritu sobre la materia corpórea y así afianzado en los dominios de lo sobre natural, realiza produce actos y obras cuya derivación y elevación no se halla al alcance de los mortales comunes.

Asimismo, ante el espectáculo de empeños elevados y de ideales trascendentes o bajo el estímulo de ejemplos fecundos para el bien universal, surgen los hombres dotados de las condiciones y aptitudes peculiares para consumir un apostolado laico y consagrarse a éste con plena abnegación. Abundan, para bien de la Humanidad, los casos de esas dedicaciones en todos los géneros de las actividades del hombre. Todas poseen características comunes, la pasión por una obra de relieve magno, la indiferencia hacia toda clase de goces extraños al objetivo perseguido; una voluntad incontrastable capaz de superar todos los obstáculos; una mentalidad apta para desarrollar con éxito la empresa acometida y el valor, virtud indispensable para contrarrestar las reacciones adversas. En Arturo Marasso domina y prevalece una fuerza superior que lo encamina hacia la meta señalada por un destino quizás ajeno a la propia volición, posible

resultado de irrefrenables aptitudes innatas; de la atracción irresistible hacia una finalidad noble y fecunda.

La Literatura, dotada de sensibilidad histórica, esclarece, individualiza y ahonda los procesos humanos en todas sus dimensiones. Las palabras, solidarias, en la estructura literaria, engendran, por armonía cósmica, ritmos de solidaridad entusiasta. Se propagan en amplios círculos de lectores, cuyos gustos afines configuran a veces capillas herméticas. Extender, sin tregua los círculos de genuina cultura popular; llevar el goce de la creación literaria a vastos sectores del pueblo, capacitarlo para proferir la literatura superior a los productos bastardos, son algunas de las tareas en que debe estar empeñado el auténtico hombre de letras, que siga auténticamente el ejemplo de Marasso cuya biografía nos pone delante de una acción laboriosa, modesta y fecunda. Con sinceridad y con superior desinterés supo transmitir las enseñanzas de su espíritu exquisito.

Tratemos nosotros cumplir con el deber de todo heredero sincero, que es,; contar y recoger la herencia. A nosotros nos toca consumir el avalúo provisional de los bienes del espíritu que legó el ilustre desaparecido. Bienes que son patrimonio común de todos los argentinos y honroso legado suyo a la República de las Letras.

Creador de cultura, Marasso fue un verdadero educador, trasmisor de doctrinas. Su misión es tan relevante para la cultura como la de un inventor. Sin Sócrates, que define, depura y difunde los principios, acaso no llega a plasmar en substancia organizada del espíritu, el milagro que fue Platón. Pertenecía Marasso a la familia socrática, compuesta de reales pedagogos y maestros que si no conquistan la luz en ratos de fulgurantes inspiración sublime, en cambio, disponen de las ideas y los estímulos, de manera que las almas, por ellos influidas, den de sí, se desenvuelvan y salgan a la vida en parto del espíritu.

El poeta ama la aventura del espíritu. Posee el privilegio de estremecernos con el misterio de la creación que nos libera de la angustia del tiempo. Contra la arbitrariedad y la ignorancia infatuadas, se pronunció Marasso; por eso mismo, nos resulta en la hora del aquilatamiento de su mensaje, mucho más revolucionario de lo que se supone, si por revolucionario entendemos, como debe entenderse, aquel que brega por la verdad y la libertad en todos los órdenes y en contra de todas las simulaciones.

Ya que el Maestro, como recordara recientemente Ortiz Barili se placía en afirmar:

"No pertenezco a una escuela. Soy una persona libre. Y la libertad está en la integración del Universo. Por eso soy Helenista. Helenista por afición. Porque Grecia, ha sido siempre escuela de libertad, nunca escuela de servidumbre."

El mundo es poesía y para descubrirlo hace falta aquella visión de totalidad que ha sido el secreto de los poetas verdaderos que llegan a la categoría de filósofos y de los filósofos que son capaces de concebir como poetas. Por ello nos parece acertada la viñeta que de Marasso hiciera Juan P. Ramos:

"Tuvo la fortuna de ser como Aladino, el dueño de la lámpara que lo lleva maravillosamente por los caminos de un mundo creado a su propia medida... Desdeñó cosas que pudo ser, para ser de verdad, un día, el dueño de la lámpara mágica, que es su vida de pobre, que no vende su conciencia; de poeta que canta si no lo que es amorosamente suyo; de sabio que conoce los misterios de las influencias; de maestro que enseñó a amar el triple bien, de la verdad, la belleza y la perfección de las formas".

Venimos pues, a recordar a un hombre representativo. El ser pertenece ya a la Historia, que ha de juzgarlo. Nosotros, a fue de contemporáneos, quizás no podamos dictar veredictos; sin embargo, reconocemos el deber que nos obliga a formular nuestro testimonio en forma clara y sincera que la Historia se vea compelida a tomarlo de fundamento.

La Argentina puede gloriarse de haber producido en Marasso a uno de los seres que, como afirma Montalabert, honran el género humano y su nombre puede figurar al igual que los que son orgullo de los pueblos más cultos. Dos elementos entraron en su formación: el estudio, que le dio la superioridad de una sólida instrucción y una formación que guió su conducta por la senda del deber. Como aquellos do que nos hablara Goethe: "En el retiro formó su talento y en el torrente del mundo su carácter".

He ahí, señores, la alta y suprema lección de una vida ejemplar, cuyas características debemos transmitir, con todo el fervor de nuestro espíritu a las generaciones venideras.